A LA VUELTA DE LA ESQUINA

LA ETA Y LA PRENSA MEXICANA

El asesinato de Miguel Ángel Blanco Garrido, concejal del Partido Popular de España, a manos de la ETA (*Euzkadi ta Azkatasuna*, Patria Vasca y Libertad), ha suscitado todo género de reacciones en el mundo entero; llaman la atención las que ha vertido en la prensa un sector de la opinión pública mexicana, que se han polarizado de modo preocupante: unos justificaban la tortura y el terrorismo de Estado para eliminar a ETA; otros, la violencia del grupo, por el terrorismo de Estado ejercido en su contra.

Naturalmente, la gran mayoría condenó el acto (con diferentes matices, y sin que faltaran quienes pedían castigos tan criminales como el mismo asesinato), pero algunos intentaron la defensa inútil de un modus operandi político–terrorista, anacrónico y condenable en todos sentidos. Especialmente notable fue el caso de *La Jornada*. Ese periódico, sin dejar de condenar el asesinato, calificaba a ETA como una "organización independentista o separatista", pasando a segundo término su naturaleza terrorista. Ello fue motivo de una reclamación del vocero del gobierno español pero, ante la justa queja, *La Jornada* reaccionó con intolerancia: negó lo evidente (que no hay mas que leer), para después darse por ofendida en lo que consideró algo así como "la inadmisible injerencia" de un gobierno extranjero en un medio mexicano. Esta posición ambigua —condenar y a la vez atenuar— pareciera provenir de una confusión entre las causas y los medios para lograr un objetivo: en este caso, la independencia de Euskadi y la salida de todas las instituciones españolas del País Vasco.

Pero así planteado el problema se vuelve maniqueo, y en realidad es más complejo que eso. Para comprenderlo, es necesario mirar un poco la historia del nacionalismo en Euskadi. Ésta se remonta aproximadamente al siglo XIV, y termina su primera etapa de formación alrededor del siglo XVI, con la consolidación de cuatro mitos principales que dan forma a la idea de la nación vasca: la batalla de Arrigorriaga, en la que los vizcaínos derrotan a las huestes de un conde asturiano, o de un rey leonés, según distintas versiones; el levantamiento de Juan Zuria, que contribuye a esa victoria y establece un pacto entre el nuevo señor con su señorío; el de la unión de Guipúzcoa y Vizcaya, como provincias no conquistadas por el imperio romano, a diferencia del resto de España; y, finalmente, el mito de una prédica temprana de la fe cristiana entre el pueblo euskaldún, que le imprime una distinción de "pueblo único, o casi apostólico".

Pero hay antecedentes más directos de ese nacionalismo en el siglo XIX, en 1839 y en 1876, fechas en que tiene lugar la abolición del sistema foral (los fueros locales), que animó a los vascos a pelear en las guerras carlistas (al lado, por supuesto, de los conservadores) y que se convirtieron en símbolo de la resistencia nacionalista vasca por mucho tiempo.

Estos sucesos alentaron aún más el rencor de la región vasca ante el gobierno de Madrid, y en este contexto de fines del siglo XIX y principios del XX surge el principal instigador del nacionalismo vasco moderno: el sastre Sabino Arana, cuyas ideas exaltan a la nación para lanzarla contra "los colonizadores". Es una idea de "lo vasco" basada en la raza, la lengua, el gobierno y las leyes, el carácter y las costumbres, y la personalidad histórica. El concepto del *volk* germánico le agrega un fuerte elemento racial a la forma de entender a la nación, y es parte fundamental del pensamiento de Sabino Arana, que a fines del XIX funda el Partido Nacionalista Vasco (PNV). Por algo Unamuno y Baroja describieron al nacionalismo vasco como una "absurda virginidad racial".

Si se agrega que para el sastre, de formación profundamente religiosa, la pérdida de los fueros es la principal desgracia del país vasco y el momento histórico preciso de la pérdida de su independencia nacional, se entiende que las reformas hayan tocado una fibra sensible del conservadurismo local. Arana impulsa la idea de una historia mítica, tradicionalista, de Euskadi, que

alienta el odio hacia todo lo español y desarrolla un discurso altamente anticolonialista, con múltiples ramificaciones ideológicas. Desde entonces, la idea de la opresión del pueblo vasco permanece en la mente de todos los nacionalistas.

Durante la segunda guerra mundial, el papel del nacionalismo vasco fue admirado de una u otra forma por todas las fuerzas aliadas. Tras la brutal destrucción de Guernica, los vascos representaron en la España franquista de los cuarenta un emblema de los aliados, ya que participaron activamente en contra de los nazis y del régimen franquista. Una gran cantidad de refugiados judíos, o miembros de la resistencia antifascista, encontraron en el país vasco un salvoconducto para escapar del holocausto nazi o de la Francia de Vichy. Con ello, la región logró ganarse el odio de Franco. Y, claro, la dialéctica de enfrentamiento entre el centro político de España y Euskadi se avivó.

Con antecedentes de extremismo en anteriores agrupaciones, ETA se desprende de otro grupo, Ekin (literalmente, *acción*) en 1959, en medio de la década de más intensa represión franquista. Para cuando ETA salió a la luz pública en 1970, debido a ciertos juicios en Burgos contra varios etarras, el grupo tenía 11 años de existencia formal. En ese tiempo, los actos de ETA constituyeron "la forma más espectacular de oposición al Estado franquista", cuyo golpe contra Luis Carrero Blanco, presidente de gobierno y seguro sucesor de Franco, a fines de 1973, le dio sin duda un giro distinto a la historia moderna de España.

La acción terrorista del grupo se intensificó en los años siguientes, teniendo como víctimas incluso a empresarios nacionalistas vascos, lo que generó en 1976 y 1977 grandes manifestaciones en España y el País Vasco contra la violencia extremista de ETA, al tiempo que Euskadi revindicaba ante Madrid las aspiraciones de conseguir un régimen autonómico.

Actualmente, sin embargo, las condiciones políticas y sociales del país son muy distintas a las del franquismo o a la España inmediata posterior. Los extremos han ido desapareciendo progresivamente, perdiendo legitimidad con la transformación democrática de España. El estatuto de sistema autonómico que confiere la constitución a todas las comunidades nacionales, ha funcionado con éxito en todo el país, incluso en el mismo País Vasco, que tiene un gobierno, un parlamento (dominado por el PNV) y un presidente propios; en donde el euskera es lengua oficial y la policía (ertzaintza) está formada por vascos. En donde la sociedad, si bien mayoritariamente nacionalista, también se ha pronunciado en contra de la violencia terrorista.

Ahora, ETA agoniza políticamente en medio de un repudio generalizado y merecido, aun cuando sus defensores aleguen el execrable terrorismo de Estado de los GAL como excusa de sus actos criminales. No es necesario citar los múltiples ejemplos de medios que se dedicaron a imaginar los castigos que en su opinión merecen tales actos; sólo revelan el resentimiento y la necesidad de venganza que buscan unos hombres sobre otros. Y la prensa que se ostenta como progresista o socialmente solidaria ha caído a su vez en el juego de la defensa imposible.

Con el periodismo practicado por la mayor parte de los diarios mexicanos, los que salimos perdiendo somos los lectores, su mercado cautivo. Propensa a formar juicios fáciles y a confundir la información con la opinión, la prensa dio muestras de lo que es capaz con el asesinato de Blanco Garrido. Otro ejemplo de *La Jornada*. La noticia es la llegada de tres etarras a España expulsados por la República Dominicana. Uno de ellos es Antxón, ex número dos de ETA y reconocido como un contacto de interlocución con el grupo. Secuestrado el concejal, el premio Nobel argentino Adolfo Pérez Esquivel intentó interceder ante ETA a través de Antxón, quien se negó a transmitir el mensaje. Así lo informó *El País*; el mismo día, *La Jornada* hizo aparecer a Antxón como un mediador que intentó infructuosamente desempeñar la misión encomendada por Pérez Esquivel. Luego, procedió a criticar la decisión de República Dominicana por la deportación de los vascos... (El asunto siguió siendo noticia en España en días posteriores; en México, silencio: ni una rectificación ni un desmentido.) Por eso, es necesario recalcar que al justificar la violencia, ninguna de las posiciones adoptadas por la prensa de México aporta nada a la solución del mal endémico que ella significa. Al contrario. En todo caso, como dice Fernando Savater, "en un mundo de violencia y terror, el único rebelde es quien se subleva contra la necesidad de violencia y terror". Me parece que tiene razón.

JORGE HERNÁNDEZ TINAJERO